

## XVIII

¡TE AMO!

A las dos, poco más ó menos de la madrugada, el comandante del Temple hubo de hacer abrir los rastrillos por orden del capitán Larchant, que le era bien conocido; y durante un cuarto de hora desfilaron sucesivamente por delante de los hombres del puesto, que habían acudido ganosos de presenciar el extraordinario éxodo, los arqueros escoceses, los arcabuceros, las gentes de armas del rey, gentileshombres, disfrazados unos y en traje de corte otros, y el interminable y rumoroso cortejo vomitado por la Corte de los milagros. Todos ellos, luego de franquear el arroyo San Martín, dieron vuelta al bastión, desapareciendo á poco en las sombras de la noche en dirección al suburbio de Popincourt.

Como es natural, toda aquella gente hablaba, y no pudo desfilar ante los de guardia en la Puerta, sin que éstos, recogiendo palabras sueltas y frases perdidas,

lograsen penetrar el secreto de aquella expedición inusitada.

Apresurémonos á decir que la misión recibida por los hombres de armas no era un misterio para nadie. En París, donde nadie dormía aquella noche, todo el mundo se ocupaba del asunto. Decíase que Sed de Sangre habíase presentado ante el rey con la intención de asesinarlo, y que si el soberano había escapado con vida, debíalo tan solo á la rápida intervención del joven caballero bearnés que tan hábilmente dejaba tuertos á cuantos tenían la desgracia de ponerse al alcance de su tizona; añadiéndose que la nocturna expedición, por él mandada, no tenía otra finalidad que la de apoderarse del bandido.

Una cosa intrigaba sin embargo al digno jefe del puesto de la puerta del Temple. Si era verdad, como decíase, que el entortador, nombrado capitán general, asumía la dirección del marcial movimiento, ¿cómo era que no había pasado por allí, á la cabeza de sus tropas?

Sin poder contestarse á esta pregunta, y observando que ya habían pasado todos, ordenó á sus soldados:

— ¿Qué hacéis ahí quietos como postes? ¡Pronto, á cerrar los rastrillos!

Dispusiéronse á obedecer los hombres, y rechinaban ya los goznes herrumbrosos, cuando un ruido infernal de cabalgata lanzada al galope llegó hasta la puerta, procedente de la calle del Temple, oyéndose poco después esta orden, proferida con voz de trueno:

— ¡Dejad abierto, malandrines, ó tiemble el que se oponga á nuestro paso!

Difícil hubiera sido á los hombres de guardia oponerse á la voluntad tan enérgicamente expresada. Un pelotón de jinetes llegó como una tromba pasando con velocidad de torbellino, haciendo retemblar el puente levadizo, y derribando é derecha á izquierda á algunos estupefactos, que corrieron gran peligro de caer en el foso.

Lejos de formalizarse en presencia de tan manifiesta infracción de las leyes y de la consigna, el jefe del puesto, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Es él! ¡Saludad, muchachos!

Descubriéronse todos respetuosamente, sin perjuicio de frotarse las maltrechas costillas, y gritaron contestando á un grito del jefe:

— ¡Viva el nuevo capitán general!

Por si este grito pudiera parecer extraño á nuestros lectores, hemos de advertir que la personalidad del vencedor de los miñones habíase hecho verdaderamente popular en pocos días.

En concepto del jefe de la guardia del Temple, solo él podía llegar de aquel modo; la duda acerca de este particular no era posible. Como tampoco lo era por lo que respecta al éxito de la expedición, éxito que quedaba asegurado desde el momento en que la dirigía espada tan experta.

Cabalgando en Djaulia, Bernardo llevaba á Glorieta sentada en el borrén delantero de la silla. Tampoco esta circunstancia debe extrañar á nadie. La niña habíase

negado resueltamente á dejarlo marchar si no consentía en llevarlo consigo, y el permiso para ello habíale sido acordado á instancias de Blanca de Armañac.

Detrás de la interesante pareja marchaban Cortomontel, Matraca, los tres Peiragude, Faraubras, el maestro La Fraicheur y sus dos ayudantes. Los dos primeros iban montados en Montjoie, el caballo negro del gran marqués, y los demás utilizaban las monturas que pudieron encontrar en las cuadras de Villanueva, procedentes unas de Bonaguil, y otras del Priorato del Cuenco.

Antes que se nos olvide, consignemos, por ser así de justicia, que el buen *Diógenes* formaba parte de los expedicionarios.

Cuando los que componían la tumultuosa cabalgata hubieron dejado atrás los pantanos del Temple, lograron dar alcance á los truhanes, quienes se apartaron para dejarles franco el paso, dejando luego atrás á la guardia escocesa, á la altura de la Grange-aux-Belles.

Los expedicionarios hallábanse ya cerca de Belleville.

La tempestad, una tempestad de que los soldados no tenían idea, tal como no tuvieron ocasión de ver nunca, barría las alturas de Chaumont, cuyo castillo, semejante á un esqueleto de piedra, se alzaba majestuoso é insolente, bañado por una luz prodigiosa que no llegaba de lo alto, sino que parecía elaborarse en el líquido seno de las aguas del lago fosforescente.

Era tan extraño, tan insólito, tan inaudito, todo aquello, que Bernardo no tuvo necesidad de ordenar á

sus gentes que hicieran alto. El doble fenómeno, lumínico y eléctrico inspiraba sin duda saludable terror á los más audaces, bastando al mismo tiempo para detener la marcha de la columna. Hasta el mismo Larchant, hombre duro y aguerrido como pocos, parecía medusado por la sorpresa.

— Ninguna necesidad tenéis, — le dijo Bernardo sonriendo — de aventuraros en esa guarida cuyos escondites os son desconocidos. Ocupaos pues en distribuir los puestos, y en cercar los alrededores. Sobre todo, vigilad con atención las salidas.

— ¿Pero si no sé dónde están! — observó el capitán de los arqueros escoceses.

— Por todas partes, señor mío; dijo Bernardo algo impaciente. — Bajo tierra, en el aire, en el agua. De donde quiera que salga un ser animado, sea hombre, mujer ó bestia, debe ser perseguido para apresarlo con vida á ser posible; en caso contrario, fuego en quien sea. ¡Ah! no os dejéis envolver. Yo voy á actuar de hurón y á colarme en esa madriguera.

Bernardo no quería exponer inútilmente la vida de los hombres que se hallaban bajo sus órdenes, y por eso mostrábase poco dispuesto á enviarlos á los subterráneos del castillo, suponiendo que los bandidos debían haber sembrado tales parajes de cepos ó de obstáculos para oponerse en lo posible á la marcha de los invasores. Con doble motivo deseaba apartar de la cabeza de Glorieta los peligros que pudieran amenazarla, y llamó por señas á los Peiragude, decidido á confiarles la custodia de tan preciado tesoro.

— Hasta aquí hemos llegado, hermanita; — murmuró tratando de levantar á la joven para ponerla en el suelo. Pero Glorieta se abrazó á él con fuerza y fué tal la resistencia que opuso, que á Bernardo no le costó trabajo alguno penetrar el sentido de aquel argumento silencioso.

— ¡Ventre del diablo! — exclamó procurando sonreír, — las niñas de hoy día son en verdad más atrevidas de lo que parece... Se vé que tú ignoras que el sitio donde voy es algo así como el vestíbulo del infierno. La excursión no puede ser más peligrosa; créeme, quédate aquí...

— ¡No! — contestaron los brazos de la joven apretando aún más al caballero, mientras que su mirada, expresiva, elocuente como las palabras, parecía decir:

— Donde quiera que vayáis iré yo.

— Sea; — dijo Bernardo vencido. — Después de todo, solo se trata de una descubierta: menos aún, de un simple reconocimiento. En caso de que surja algún peligro, ya sabré apartarlo de ella.

Adoptada esta resolución, hizo avanzar á Djaulia, y seguido de Montjoie sobre el que cabalgaban su escudero y el ex-bandido que era al mismo tiempo uno de sus más preciosos auxiliares, alejóse en dirección al roble hueco. Este árbol gigante, medio paralizado y semi-vivo, aparecía en aquel momento bañado al envés de luz procedente de un foco invisible; sacudíase gimiendo, y hubiérase dicho que sostenía una lucha desesperada contra la tormenta.

Testigos asombrados de una de las más audaces ac-

ciones, los soldados que habían hecho alto á cierta distancia, pudieron ver cómo los cuatro atrevidos echaban pie á tierra al pie mismo del gigantesco roble, y aun hubo de parecerles que á él subían gateando á lo largo del robusto tronco.

Así era en efecto. Un momento después las cuatro siluetas se perfilaban en la estrecha meseta formada por el nacimiento ó arranque de las grandes ramas.

Fué aquella una aparición rápida, que duró lo que dura el fulgor de un relámpago; segundos después el coloso vegetal parecía tragarse á tres de los pigmeos recostados en sus brazos. En la plataforma anular quedó uno solo, el señor de Barbotan, apostado allí como vigía, con encargo de comunicar con los sitiadores y defender, en caso necesario, la entrada de aquella especie de embudo.

Por la segunda vez penetraba Bernardo hasta las entrañas del suelo sirviéndose de la escalera de caracol tallada en el corazón mismo del roble. Pero esta vez no iba solo, sino que sostenía á la hermosa mudita, obstinada en ir con él á todas partes. Y como ya le era conocida la disposición de aquella jaula cilíndrica, y como por otra parte ésta estaba alumbrada gracias á la antorcha que Cortomontel había tenido la precaución de encender, Bernardo avanzaba resueltamente, sin vacilaciones ni tanteos.

Llegado al final de la escalera, el joven duque hizo saltar de un puntapié la puerta de las galerías, como ya lo hiciera la otra vez.

— Quedaos aquí; — dijo al pintoresco barón, — y

cuidad de mantener abierta esta salida. Yo no sé lo que puede ocurrir ahí dentro y podríamos vernos en la necesidad de retirarnos precipitadamente. La vida de esta abnegada sensitiva — añadió en voz más baja señalando con la cabeza á su compañera — es para mí cien veces más preciosa que la mía. Vigilad bien, mi buen amigo, vigilad bien...

Una vez solo, Cortomontel hubo de enjugarse los párpados, que las lágrimas humedecían.

— ¡Su buen amigo! — murmuró mascullando su bigote. — ¡Cuernos de tigre! creo que me ha llamado su buen amigo... Por el condenado ombligo de la bisabuela de Satán aseguro que me dejaría comer los higados si con ello pudiera ser agradable á ese joven.

Entretanto, Bernardo avanzaba resueltamente por el corredor, el cual, como ya tuvimos ocasión de ver cuando de él hablamos por la vez primera, hallábase iluminado de trecho en trecho por lámparas de aceite, colocadas en hornacinas coronadas de chimeneas de amianto.

Atento á cualquier rumor que pudiera producirse, y tratando de ver lo más lejos posible, seguía el joven avanzando, la espada en la mano derecha, y el brazo izquierdo en torno á la cintura de Glorieta que apoyábase amorosamente en su caballero y que se creía objeto de un sueño encantador, del que con toda su alma deseaba no despertar.

Ni el más ligero ruido turbaba el silencio medroso de aquel antro. ¿Es que los bandidos se habían alejado ya de su guarida, dejándola abandonada?

Así hubiera podido creerse. Sin embargo, no era fácil asegurarse de ello sin atravesar previamente todo el laberinto de corredores subterráneos que formaba el subsuelo del castillo; y el hijo de Blanca de Armañac, que ya había estado allí una vez, no ignoraba que aún se hallaba bastante lejos de la salida que iba á terminar en el patio de la antigua fortaleza.

— ¡Por vida del diablo! — pensaba sin interrumpir su marcha. — También es diabólica idea la de multiplicar de este modo los corredores... No hay modo de saber dónde está uno... Y temiendo estoy ya haberme equivocado. Yo quisiera encontrar el cofre, el famoso cofre, en el que hace tres noches me entregué á la desesperación, como una mujerzuela.

Bernardo creía hallarse más lejos de lo que en realidad se encontraba. Y he aquí que de pronto, con gran sorpresa de Glorieta, que no acertaba á comprender maniobra tan extraordinaria, de los labios del joven se escapó un rotundo juramento, al mismo tiempo que de un cintarazo derribaba la lámpara colocada á la izquierda de la pared.

Apagada la lámpara los dos jóvenes hubieron de detenerse, envueltos como se encontraban por la obscuridad más profunda.

¿Qué había pasado? ¿Qué razones tenía el caballero para sumirse voluntariamente en la sombra, en el preciso momento en que creía haberse extraviado?

La explicación es sencilla. Acababa Bernardo de distinguir dos líneas trazadas en el muro arcilloso con una punta acerada.

He aquí lo que decían :

« Sabed, hermoso caballero, que la mujer á quien amáis es realmente una señorita de Villanueva. Phtah, mi madre, robó á vuestros amigos una niña rubia llamada Genoveva, y la rebautizó con el nombre de Glorieta. Os lo juro, en el momento de comparecer á la presencia de Dios. Pensad en mí de vez en cuando... »

No era posible la duda. Aquel aviso procedía de Fiamma. Bernardo estaba convencido de ello. Pero no acertaba á comprender cómo su heroica enamorada había llegado hasta ahí, y cómo sobre todo pudo prever que él mismo iría.

Pensando estaba en esta para él inexplicable coincidencia cuando hubo de parecerle que alguien hablaba cerca de él, á espaldas suyas, y se volvió rápidamente. Nadie. Sin embargo, palpando la pared, pudo darse cuenta de que se hallaba adosado á la puerta acorazada de la sala lacustre, y escuchó.

Digamos en este punto que la indiscreción de Bernardo fué brevísima : apenas si duró algunos segundos. Lo que creyó oír y comprender era de tal naturaleza, que un calofrío de horror sacudió su férreo cuerpo. Entonces, presa de un pánico abominable por la primera vez de su vida, empuñó el brazo de Glorieta con nerviosidad casi feroz, y dióse á galopar con ella en busca de la salida.

.....  
Mientras que, creyéndose bien defendidos y al abrigo de una sorpresa gracias á la tempestad fingida, los bohemios secundarios de la tribu continuaban embria-

gándose concienzudamente; mientras que en el centro de la sala exagonal y á presencia de Phtah y de su hijo Landro, los jefes saqueaban el armario de hierro apoderándose de su contenido, Fiamma, como ya sabemos, habiase retirado al compartimiento de la izquierda que servía á la vez de cuarto de armas y de habitación de descanso.

Apenas llegada allí, precipitóse de rodillas junto al cuerpo de su hermano, cuyo triste estado arrancó á su alma sensible un grito de inenarrable horror.

Poco antes aún, antes de verlo, esperaba Fiamma ser de alguna utilidad al herido, poderle prestar algun cuidado que mitigase un tanto sus sufrimientos. Pero el dedo de la muerte se apoyaba ya, marcándole como uno de sus elegidos, sobre la frente torturada del infeliz Neré, cuya sangre habíase escapado toda por los informes muñones resultantes de las mutilaciones sufridas.

Ya no se quejaba. En aquel supremo instante en que su alma flotaba acercándose á sus labios, próxima ya á abandonar la materia, una especie de calma precursora del descanso definitivo, acordaba al paciente un poco de reposo.

Su mirada vaga se fijó sucesivamente en diversos objetos, en diferentes sitios, como si el moribundo se despidiese de cosas ó de recuerdos que debían quedarse en la tierra al abandonarla él para siempre. Cuando la detuvo en aquella mujer prosternada al lado suyo, sus labios se contrajeron como con pretensiones de simular una sonrisa.

¿Quién era aquella mujer de traje extraño y exótico? Él no lo sabía; no la conocía, pero por una especie de intuición supraterrena adivinábala buena y caritativa.

Sí que lo era. Precisamente en aquel mismo instante Fiamma lloraba en presencia de aquel harapo humano, y al pensar en los suyos, en los seres que eran carne de su carne y sangre de su sangre sentía por ellos una repugnancia invencible, un asco profundo, y una gran desesperación además de saberse unida á ellos por los vínculos del parentesco.

Entonces, como si quisiera expiar ella los crímenes de los otros, besó piadosamente los muñones de los puños del moribundo, y puso sus labios en las lesiones al borde de las cuales se coagulaba la sangre negra.

La idea del horrible martirio sufrido por su hermano hubiérala hecho blasfemar, de no hallarse ya resuelta, como lo estaba, á sacrificar su propia vida para aplacar la cólera del cielo y para que, á cambio de ella, le fuesen perdonadas algunas de sus monstruosidades á su madre y á su hermano.

Aprovechándose de la circunstancia de que aumentaba el ruido que los bohemios hacían allí cerca, y creyendo no ser oída más que del moribundo, hubo de exclamar, dirigiéndose á éste:

— Neré, pobre Neré, yo soy tu hermana Fátima, aquella niña á la que en otros tiempos defendías contra las brutalidades de Landro... ¡Pobre, pobre hermano mio! Si la fatalidad no me hubiese alejado de tí, de vosotros todos, ¿quién sabe? tal vez hubiese conse-

guido ejercer alguna autoridad en el ánimo de nuestra madre, impidiéndole cometer su primera y más cruel abominación, gracias á la cual os dotó de un semblante que pertenecía á otro... Fué eso una verdadera blasfemia carnal, de la que dimanar todas las atrocidades posteriores. Deformar la obra divina con un propósito criminal es trabajo propio de réprobos, que lleva aparejado el germen del castigo fatal é ineludible... Phtah, nuestra madre, proporcionó á Landro el medio de substituirse al heredero de los Armañac. Ella se figuraba no tener nada que temer del verdadero dueño de ese nombre, porque suponía borrado para siempre del número de los vivos á ese competidor, como creía igualmente muertos al conde Jacobo y á la condesa Blanca... Ella no contaba con que la protección divina se manifestaría en favor de sus víctimas. Y sin embargo, así ha sucedido. El conde Jacobo, oculto bajo una triple personalidad de musulmán, adquirió en la corte poder y valimiento, y al amparo del velo que le cubría, vigilaba á Phtah, seguía las evoluciones del duque Rolando, sabedor de que era en realidad el bandido Sed de Sangre, y preparaba en silencio su revancha. Gracias á él, por obra suya, ha estallado al fin esta noche el rayo suspendido sobre la cabeza de Landro. El rey ha sido salvado por aquel á quien se creía muerto, por Bernardo de Arma, el verdadero, el único, el auténtico duque de Saboya-Nemours. Y ha sucedido lo que debía suceder; que furioso por haber sido engañado durante largo tiempo por un impostor de una raza aborrecida, por un bandido que, engañado,

hubo de admitir en su intimidad, el rey ha ordenado á Bernardo de Arma que invada Chaumont y pase á cuchillo á todos sus habitantes, excepción hecha de Sed de Sangre y de Phtah, que serán quemados públicamente en la plaza de la Grève.

No obstante los esfuerzos que hizo para comprender, Neré no sabía cuál era la finalidad de aquel discurso de su hermana. Ésta continuó diciendo :

— Landro te mató, creyendo que te sobreviviría; pero no será así, Neré, te lo aseguro. Ninguno de los descendientes del mameluco Baharita verá la luz del próximo día; nuestra raza debe desaparecer de golpe, arrastrada por un cataclismo... Oyeme, hermano; puesto que pesa sobre los nuestros la maldición, puesto que no hay poder que alcance á salvarlos ¿quieres, como yo, evitarles la infamia del suplicio?

El moribundo contestó afirmativamente con la mirada.

— ¿Cómo? — preguntó Fiamma.

Neré señaló con los ojos una especie de artesa tallada en cristal de roca, y colocada en la base misma de la torre de metal cuya descripción hicimos oportunamente. La joven fué hasta ella y levantó la tapa.

— ¿Qué es esto? — murmuró desconcertada.

La artesa contenía laminillas, bastante largas, de un metal grisáceo con nervaduras brillantes, recubiertas de una capa de aceite de nafta. Una sola de dichas laminillas sobrenadaba en el espeso líquido; y como sobre ella cayera una lágrima desprendida de los ojos de Fátima, bastó el contacto de dicha perla líquida para

que se produjese una llama brillantísima. Era potasio.

— ¡Ya comprendo! — exclamó Fiamma; — con un poco de agua, podríamos hacer explosar esta composición, como si fuera un barril de pólvora... Pero ¿dónde encontrar el agua?

Los ojos de Neré fijos en la prensa-estopa abierta en la base de la torre metálica, decían elocuentemente:

— ¡Ahí!

— Estamos salvados; — exclamó Fiamma despojándose de su kimono con objeto de obtener la libertad de sus movimientos. Luego maniobró con una llave, accionando las cabezas de los pernos, que se aflojaron algo, comenzando el agua á rezumar.

Animada por este comienzo de éxito, redobló Fiamma sus esfuerzos, mientras suplicaba dirigiéndose á un ser invisible:

— Perdonadlos, Señor, y perdonadme.

El agua, corriendo en gran cantidad, inundó de pronto el compartimiento, precipitándose hacia el misterioso recipiente de metal. De la artesa brotó como una oleada de fuego, produciéndose entonces una explosión formidable que hizo saltar hecho añicos el techo de cristal; la colina tembló como si fuese de madera, y una fuerza irresistible y desconocida lanzó con violencia al suelo á los soldados y á los truhanes que ocupaban las inmediaciones del lago, y que asistieron, aterrorizados, al fenómeno que acababa de producirse, la naturaleza del cual no acertaban á explicarse.

Los resultados de la tremenda deflagración fueron inmediatos. Minadas por el agua que corría en torren-

tes tumultuosos por las galerías subterráneas, las ciclópeas construcciones del castillo de Chaumont se derrumbaron con estrépito tan formidable, que despertados bruscamente en lo mejor de su sueño, los habitantes de los contornos cayeron de rodillas implorando la divina misericordia por creer llegado el fin del mundo.

De la secular fortaleza construída por Adhemar de Roye, no quedaba, segundos después, piedra sobre piedra. Ni uno solo de los individuos que compusieron la tribu de Phtah Mansour logró salvar la vida. Todos perecieron, ahogados, quemados ó aplastados.

Cuanto á Sed de Amor y á Glorieta, prevenidos á tiempo por la última exclamación de la justiciera Fiamma habían logrado llegar hasta la mitad de la escalera de caracol tallada en el interior del roble, cuando se produjo la explosión. La columna de aire procedente de los subterráneos los envolvió en su tromba, con fuerza irresistible, arrastrándolos en su movimiento giratorio hacia el exterior, lanzándolos al espacio, con fuerza de proyectil. Afortunadamente para ellos, fueron á caer en el limo que las aguas del lago, al retirarse, habían dejado al descubierto, logrando de este modo salir con vida de aquel terrible y apurado trance.

.....

Dos meses después de los acontecimientos que dejamos relatados, apenas se acordaba ya nadie de ellos ni en la Corte de Francia ni el Hotel de Guisa. Los miñones de ambos partidos, con excepción de Fran-

cisco de Entragues que casado ya con María Touchel se hallaba al frente de su gobierno de Orleans, habían reanudado su vida de aventuras y de pependencias no interrumpidas. Catalina de Médicis, privada de su último astrólogo, parecía haberse enclaustrado en su Hotel de Soissons. En la Corte de los milagros, que el gran Prevoste dejaba por fin en paz, Gaultfarault había ceñido de nuevo á sus sienes la corona de Thunes, y aun cuando se consideraba dichoso, no por eso dejaba de acordarse de su rápida incursión en el campo de la verdadera nobleza, y solía exclamar de vez en cuando :

— Cuando yo era marqués...

A lo que Nataniel el leproso contestaba invariablemente :

— ¿Os acordáis, amigos míos? En aquel tiempo, el reemplazante de nuestro coesre era lo que se llama un hombre, y las cosas iban mucho mejor que ahora, la verdad sea dicha, y que Abraham, Isaac y Leví me condenen si es que miento.

En el Hotel de Villanueva habíanse producido grandes cambios : el gran marqués, curado de sus heridas, merecía el favor del rey; Blanca de Armañac recordaba á la marquesa María la época de su juventud; y es de creer que la noble dama hubiera podido creerse feliz, aunque nada sabía de su hija Solange, si Glorieta se hubiese encontrado en estado de manifestarle su cariño de viva voz.

La vida en la noble casa era de las más activas. Sobre que Entraguet, Jannie de Goulaine y Chicot favorecíanla casi á diario con su presencia, la servidumbre

habíase aumentado con Tafouilleux y *Almizcle*, los amigos de Divina la loca, así como con los dos barones, Cortomontel y Matraca.

El primero de éstos, hecho ya á la viudez, había encerrado en un claustro á su ex-esposa, nuestra antigua conocida la Pulpa, y para distraerse sin duda cortejaba á Reinalda; mientras que Matraca, mal consolado de la pérdida de su rucio, muerto en el campo del honor, se felicitaba de su buena estrella, y aun hacia todo lo posible por enamorar á Pierrila, su antigua amiga de Bonaguil y su única aventura amorosa.

Una noche llegó Bernardo de Armañac, nuestro Sed de Amor, procedente del Luvre diciendo :

— Su majestad se ha dignado aceptar mi dimisión. Ya no soy capitán general. Lo cual quiere decir que ya no me separaré más de vos, madre mía.

A lo que contestó Blanca sonriente.

— Ni de mí, ni tampoco de la sin par rubita á quien Jacobo quiere unirte.

Glorieta escuchaba impaciente y ruborosa. Bernardo la abrazó diciendo :

— Verdad es que mi corazón fué siempre suyo : hasta en la época en que á mí me parecía que amaba á otra.

Y dirigiéndose á Jacobo, añadió :

— Señor marqués, yo os he visto, en cierta ocasión, realizar un milagro. Haced uno más, y devolvedle la palabra, aunque no sea más que por un momento; el tiempo indispensable para que yo la oiga decir : « Te amo. »

El gran marqués se encogió de hombros como si confesase su impotencia.

Pero entonces una voz melodiosa, una voz que todos ignoraban, se dejó oír de pronto, gritando por tres veces :

— ¡Te amo, te amo, te amo!

La que acababa de lanzar este grito triunfador era Genoveva de Villanueva. Era Glorieta la muda, en quien el amor revelado acababa de realizar el prodigio de desatarle la lengua.

¡Ah, el amor!...

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



